

sadas, robo de grandes cabañas ganaderas, merma de las actividades comerciales, abusos por parte de las fuerzas armadas contra la población y demás calamidades y restricciones derivadas de la actividad y las decisiones políticas adoptadas por los dirigentes del momento, no vienen sino a corroborar dicha idea. De igual manera, convendría aludir a que el común de la población, convertida en este estudio en uno de sus principales protagonistas (al financiar los costes de la guerra y también padecer las consecuencias de sus campañas) renegase de la guerra y se viese forzado, en la mayoría de las ocasiones, a servir en contra de su voluntad, teniendo que dejar al margen sus actividades económicas durante el periodo de servicio. Lo que de nuevo no hacía sino ir en detrimento de la producción y el crecimiento económico de dicho ámbito fronterizo.

Por todo ello, ya para concluir, no podemos sino decir que estamos ante una obra sólida y rigurosa, pero también sugerente y atractiva, en la que los Profs. Gouveia Monteiro y Gomes Martins vienen a refrescar el panorama historiográfico de la guerra medieval con su interesante propuesta de estudio sobre el análisis del impacto que tuvieron las actividades militares de entonces sobre la sociedad y la economía del momento.

Carlos J. Rodríguez Casillas
Universidad de Extremadura
crguezcasillas@gmail.com



Heather E. Grossman y Alicia Walker (eds.), *Mechanisms of Exchange: Transmission in Medieval Art and Architecture of the Mediterranean, ca. 1000-1500*, Leiden - Boston: Brill (Special Offprint of *Medieval Encounter*, 18, 4-5, 2012), 2013, 325 pp + numerosas ilustraciones en b/n, ISBN: 978 90 04 24977 6.

En los últimos años, en el contexto de los estudios medievales, el Mediterráneo parece adquirir, cada vez más, el rango de categoría artística. Con ello se quiere huir de clasificaciones demasiado rígidas, que hasta ahora no permitían matizar suficientemente la naturaleza de ciertos procesos o que simplemente no respondían a la rica pero compartida realidad cultural de los países del Mediterráneo. En el pasado, la historiografía europea buscó para definir estos fenómenos términos propios del colonialismo, como “hibridación”, “sincretismo”, “apropiación” o incluso el estructuralista concepto anglosajón de *framing*, el cual podemos traducir por “enmarque” o “encuadre”. No obstante, todas estas acepciones dejaban entrever, en la mayoría de los casos, una conciencia o relación de superioridad de una cultura frente a otra, a todas luces incómoda para los “ideales” de nues-

tras pretendidas sociedades interculturales. Por ello, las editoras de este volumen, Heather E. Grossman y Alicia Walker, han acertado en la elección del título del mismo —*Mechanisms of Exchange*—, ya que con él se pretende subrayar que el objetivo de la publicación era analizar, sin complejos, algunos ejemplos de interacción cultural no tanto en sus resultados, como viene siendo habitual, sino mostrando los mecanismos prácticos de estos intercambios o cómo éstos tenían efectivamente lugar a través de los más diversos agentes: el comercio, la peregrinación, la guerra, la diplomacia, el viaje de artista, la traducción de textos, etc.

Se trata, en definitiva, de reconstruir “micro-historias” que demuestran que el Mediterráneo fue entre los siglos xi y xv un espacio privilegiado para el intercambio artístico-cultural, con una fenomenología especialmente rica y variada si lo comparamos con lo que sucede en otros espacios europeos. Para ello, los nueve autores que participan en el volumen analizan diferentes canales, contextos y significados de esas transferencias, como la ruta de las “pieles” (*Fur route*) que unía Escandinavia y Europa Oriental con Asia Central (Melanie Michilidis, “Samanid Silver and Trade along the Fur Route”, pp. 17-40); la circulación de sustancias y recipientes farmacológicos en el seno de las tribus nómadas en Ucrania (Renata Holod, Yuriy Rassamakin, “Imported and Native Remedies for a Wounded “Prince”: Grave Goods from the Chungul Kurgan in the Black Sea Steppe of the Thirteenth Century”, pp. 41-83); el prestigio de ciertos objetos “palacios” en Constantinopla, Anatolia y el norte de Mesopotamia (Scott Redford, “Portable Palaces: On the Circulation of Objects and Ideas about Architecture in Medieval Anatolia and Mesopotamia”); la multicultural isla de Chipre bajo la dinastía de los Lusignan (1192-1474) (Justine Andrews, “Conveyance and Convergence: Visual Culture in Medieval Cyprus”, pp. 116-148); la difusión y maridaje de elementos arquitectónicos occidentales y bizantinos en la arquitectura vernácula de la Creta veneciana (1211-1669) (Maria Georgopoulou, “Vernacular Architecture in Venetian Crete: Urban and Rural Practices”, pp. 149-182); la transmisión de la “memoria cultural y práctica” desde Occidente a la arquitectura “cruzada” de Palestina, Chipre y Morea en la baja Edad Media a través de los patrones y su interrelación con artistas foráneos y locales (Heather E. Grossman, “On Memory, Transmission and the Practice of Building in the Crusader Mediterranean”, pp. 183-219); el papel de la práctica del dibujo como medio para memorizar y enriquecer la imaginación de un artista viajero en el caso del denominado *Wolfenbüttel Musterbuch* (Ludovico V. Geymonat, “Drawing, Memory and Imagination in the Wölfenbüttel Musterbuch”, pp. 220-285); y, por último, cómo la traducción e ilustración del célebre *De materia médica* de Dioscórides se convirtió en ejemplo y acicate de la interacción cultural en el Mediterráneo (Eva R. Hoffman, “Translating Images and Text in the Medieval Mediterranean World between the Tenth

and Thirteenth Centuries”, pp. 286-325). En todos estos fenómenos las clásicas divisiones o categorías de análisis al uso como Este u Oeste, Ortodoxo o Latino, e Islámico o Cristiano, se asocian y funden en lo que convendría llamar verdaderos procesos de amalgama o clúster, característicos del devenir de la cultura mediterránea entre los siglos XI y XV.

Melanie Michailis abre la serie con un ensayo dedicado al impacto de la orfebrería en plata samánida en la Ruta de las Pieles, que conectaba el lejano Uzbekistán con las costas vikingas del Mar del Norte. Ello le permite individuar ciertos motivos como los perlados entrelazados, o el “bi-pedal bird” en la decoración de algunos objetos vikingos de los siglos IX y X (*Jelling Style* y *Mammen Style*) como influjo directo del repertorio iraní a través de este comercio. En el extremo opuesto, R. Holod y Y. Rassamakin, analiza en la recién excavada tumba de un príncipe turco en las estepas de Ucrania, datada de 1220-1240, los interesantes potes de medicina y restos de material farmacológico allí hallados, en concreto, una copa metálica con cubierta de origen renano (ca. 1200) que fue adaptada a los usos etno-médicos de la estepa. Especialmente sugerente para la temática del libro es la contribución de Scott Redford sobre lo que él denomina el “portable palace”, es decir, la serie de pabellones, palanquines, sombrillas y literas que tanto los gobernantes bizantinos como selyúcidas utilizaban en sus desplazamientos y epifanías como parafernalia de poder y que constituían una verdadera “arquitectura efímera”. Éstos parecen convertirse en un punto de citación obligada en objetos y fachadas palaciegas, como en el caso del Kara Sarcy de Mosul (ca. 1233).

No obstante, el más paradigmático espacio de interacción artística en el Mediterráneo fue, sin duda, la isla de Chipre bajo la dinastía de los Lusignan, pues en ella convivían ortodoxos, francos, genoveses y refugiados armenios. Hace ahora más de cien años, el clásico estudio de Camille Enlart, *L'Art gothique et la Renaissance en Chipre* (París, 1899), mostraba, de una forma bastante unívoca, el impacto de las modas latinas en la isla después de su conquista en 1191-1192. De ahí, el valor del estudio de Justine Andrews en el volumen, pues en él pone de manifiesto cómo el variado bagaje intercultural e “histórico” de la población de la isla y de sus gobernantes actúa como verdadero agente activo en la creación de las obras de arte. Así, en los dinteles de decoración vegetal de puerta norte de Santa Sofía en Nicosia (ca. 1210), se ha querido ver una cita tardía a los relieves de la puerta sur del Santo Sepulcro, si bien habría que preguntarse si no se trata más bien de las trazas de un proyecto primitivo para el edificio en relación con el denominado Taller del Templo en Jerusalén. Por otra parte, el portal central de la catedral, combinaba la decoración escultórica gótica longitudinal de dovelas con iconos pintados de tradición franco-bizantina, lamentablemente desaparecidos. De la misma manera, en la cosmopolita Famagusta podía convivir el estilo

radiante de la Catedral latina de San Nicolás con una catedral ortodoxa, como la de San Jorge, en la que a mediados del siglo xiv, sus patronos no dudan en adoptar formas propias de la arquitectura cruzada y franco-germana que adornan tanto con frescos de tradición italiana como paleóloga. Por su parte, Maria Georgopolou analiza la arquitectura rural de la isla de Creta después de 1204/1211, es decir, tras la instalación en ella de los venecianos. Muchos de los “elementos” góticos incorporados a partir de entonces por los canteros indígenas en ciertas áreas son un reflejo del interés de alguna familia feudal de la elite local, como los Calergi, por mostrar su preeminencia dentro de la comunidad ortodoxa, como sucede en la iglesia de San Jorge Kamariotis en Mylopotamo. En este mismo sentido, Heather Grossmann subraya el rol de la memoria visual en las posesiones latinas de Grecia en el siglo xiii, en las que se pone de manifiesto como éstos transportaron las formas de la arquitectura cisterciense de Champagne a las iglesias de nueva planta.

Desde otro punto de vista, más centrado en el rol de otros de los agentes de estos procesos —el artista—, Ludovico Geymonat aporta un magnífico estudio sobre el conocido *Musterbuch* de Wolfenbüttel. Tal y como señala el autor, se trata de un cuaderno de viaje realizado hacia 1230, cuyo destino era el de servir a un artista para tomar apuntes que le ayudasen a practicar su memoria y fomentar así su imaginación. Sus dibujos ponen de manifiesto el interés del arte de su época por los repertorios de raigambre bizantina, cuya localización real permanece todavía siendo una incógnita. La novedad de la aportación de Geymonat reside en el hecho de subrayar que su autor era alguien perteneciente a un *scriptorium* y que la función del cuaderno no fue nunca la de servir de libro de modelos, como ampliamente se ha llegado a pensar. Por último, Eva R. Hoffmann analiza las relaciones entre texto e imagen en relación con las traducción del griego al árabe de las obras de Dioscórides entre los siglos ix y xiii, que entiende como un proceso dinámico. Prueba de ello es la representación del anciano doctor evocando su identidad griega frente los escribas del manuscrito, representados como árabes, en las páginas iniciales del manuscrito de Estambul. Topkapi Museum Library, Ahmer III, 2127, realizado en 1229.

Se trata, sin duda, de una publicación importante que recupera el rol del Mediterráneo como espacio privilegiado para la interacción artística y reflexiona sobre los mecanismos de ese intercambio. Su origen está en un simposium que tuvo lugar el 25 de febrero de 2011 en el *Center for Renaissance Studies* de la Newberry Library en Chicago. Con su publicación, como separata especial de la revista *Medieval Encounters*, se garantiza la difusión de sus resultados científicos, así como el interés de los materiales gráficos utilizados por los autores, a los que es posible acceder en color online, <<http://booksandjournals.brillonline.com/>

content/15700674>. De alguna manera, una edición como ésta es indicativa del interés que algunos proyectos de investigación recientes muestran por ofrecer una visión global de la Edad Media (GMAP, SCGMA), que vaya más allá de las “fronteras” tradicionales de las naciones europeas, en un intento por reconstruir los ricos y variados procesos de intercambios de los siglos medievales. Con ello quizás seamos capaces de realizar la tarea pendiente de “postcolonizar la Edad Media”, tal y como pretende un proyecto online de la Universidad de Leeds, o al menos ampliar sobremedida nuestras perspectivas sobre ella, como es el caso del macroproyecto dirigido por G. Wolf, H. Baader y A. Shalem en el Kunshistorisches Institut Florence-Max Planck Institut bajo el patrocinio de la Fundación Getty (Los Ángeles). Otras iniciativas, igualmente ambiciosas intelectualmente, como el II Congreso Internacional de Románico de la *British Archeological Association* en 2012 —*Romanesque and the Mediterranean*—, o las exposiciones celebradas últimamente tanto en el Metropolitan Museum de Nueva York, *Byzantium and Islam. Age of Transition, 7th-9th century*, como en el Museo del Louvre, *Chypre entre Byzance et Occident, IV^e-XV^e*, denotan un renovado interés por recuperar el espacio artístico-cultural del Mediterráneo en su condición de encrucijada en una huída de viejos y férreos esquemas de interpretación nacional, religiosa o cultural. Éste es, sin duda, el gran valor y la apuesta de futuro de esta publicación: expandir nuestro concepto geográfico y mental de Edad Media para recobrar la verdadera dimensión de los objetos y actitudes artísticas que caracterizaron el mundo mediterráneo entre los siglos XI y XV. No obstante, en esa búsqueda el desafío intelectual reside siempre en averiguar o explicar cómo las cosas llegaron a ser, cuáles son los mecanismos que las hicieron posibles, y no tanto en cómo son a partir de entonces.

Manuel Castiñeiras
Universitat Autònoma de Barcelona
 Manuel.Castineiras@uab.cat



Ana Lemos, *Os Livros de Horas iluminados do Palácio Nacional de Mafra*, Lisboa: Instituto de Estudos Medievais /Faculdade de Ciências Sociais e Humanas, 2013, 151 pp., ISBN: 978-989-97066-7-5.

Ana Lemos, member of the Institute for Medieval Studies of the Nova University in Lisbon, is carrying out a PhD on the subject “Books of Hours of French origin preserved in Portuguese public collections (1st half of the 15th century). Stylistic and iconographic analysis”. In parallel to her research, she has also organized the